

jero observador y con el novelista convive en Ud. un agudo ensayista interpretador de los fenómenos sociales».

La espléndida prosa cubre su libro del ropaje más adecuado.—ALFONSO BULNES.



LIBROS Y ESTADO DE ESPIRITU EN VENEZUELA

El final de la dictadura gomecista ha significado para la Venezuela de estos dos últimos años—a pesar de los obstáculos que todavía encuentra el ascendente movimiento democrático—la importancia de un redescubrimiento y de una nueva orientación del alma venezolana. Una gran preocupación social y nacional—la de un pueblo que vivió subyugado y dormido durante 27 años—penetra poderosamente el periodismo, las reuniones públicas, e impone el tono de la nueva literatura. Si la torva voluntad dictatorial y feudal aun impera en ciertos sectores voraces y retrógados, los que se enriquecieron y medraron a la sombra de la tiranía, a ellos se está oponiendo la acción juvenil y popular que ofrece un espíritu nuevo de creación social y de reforma. Hay también—y es preciso descontar de estas tendencias renovadoras—el utopismo demagógico de algunos grupos que todavía no encuentran a Venezuela, porque se las esconde la rididez fanática de las ideologías. Pero en todo caso, el clima venezolano de los últimos meses es un clima de altas tensiones espirituales, de cuyo patetismo, interés y fervor por los problemas del país podrá esperarse—cuando las pasiones se aplaquen y en la concepción de los ideólogos entre más profundamente la verdad de la tierra—la nueva política de avance social. Empieza a ejercerse la vigilancia del espíritu venezolano, a cohesionarse los grupos, a ponerse en circulación las ideas democráticas sobre las cuales el gomecismo

ejerciera su alcabala implacable. Del optimismo palaciego, convencional y materialista—el optimismo de los millones petroleros—que fué la única idea fuerza de la dictadura, se ha pasado al pesimismo crítico ante la magnitud de las dolencias nacionales (analfabetismo, despoblación, latifundismo de los viejos caciques, economía nacional completamente intervenida); y este pesimismo produce como saludable reacción el profundo anhelo reformista de la juventud y del sector más agudo, moderno y vivo de la inteligencia nacional. Puesto que los libros son también documentos, vamos a ver a través de ellos algo de lo que pasa y se desea en Venezuela.

* * *

El libro crítico más importante de oposición, relato y análisis de la tiranía gomecista, es «*Memorias de un venezolano de la decadencia*», de José Rafael Pocaterra. Publicadas en el exilio del gran novelista, cuando Gómez vivía, se han enriquecido considerablemente de exposición y documentos en las tres últimas ediciones aparecidas en Caracas entre 1936 y 1937. Estas 800 páginas de henchida lectura que constituyen la gran epopeya trágica y grotesca del gomecismo, una epopeya en que está toda la época con el horror de sus cárceles, las intrigas de palacio, los serrallos del déspota y la trama confusa de las conspiraciones, son también el libro de narración política más importante que haya aparecido en el continente desde los días ya lejanos del «*Facundo*» de Sarmiento. El papel de Pocaterra dentro de la actual literatura venezolana ha sido el de un gran precursor: el fué el primero que alzándose contra una literatura peinada y relamida como para lucirse en los juegos florales, habló en crudo lenguaje criollo y se asimiló el país con su violencia y pasión, trasegándolo y expresándolo en una serie de relatos y novelas y sobre todo en la cálida materia palpitante de estas «*Memorias*». Difere

Pocaterra de Rómulo Gallegos en cuanto su narración está siempre actualizada, es tiempo e historia claramente discernible, desenvuelta en numerosos planos y transmitida en un estilo nervioso, cortante; un estilo que llamaríamos vital, en contraste con la fábula más compuesta y ceñida del novelista de «Doña Bárbara». Acentuaríamos la diferencia diciendo que Pocaterra es más historia y Gallegos más geografía; la realidad del uno es más móvil y sucesiva; la del otro es más estática.

En Pocaterra lo trágico y lo cómico coexisten en síntesis apasionada, bullente de vida. En Gallegos está casi ausente el mundo de lo cómico. Más uniforme y fijo Gallegos parece el clásico frente a Pocaterra que es el romántico por la variedad, el contraste, el claroscuro. Romántico que no conoce la sensiblería, porque es uno de los escritores más recios y agresivamente viriles que ha producido la literatura de América. El testimonio que ofrece el gran libro de Pocaterra es mucho más que un testimonio literario; un testimonio moral y sociológico en cuanto la nueva Venezuela que él propicia es precisamente la antítesis de ese terrible mundo barbarizado que describió en sus «Memorias».

* * *

Siguiendo el denso cuadro metódico de Venezuela que se ha propuesto trazar, Rómulo Gallegos que ya había hecho la épica y la lírica de nuestros grandes llanos y del bosque guayanés en «Doña Bárbara», «Cantaclaro» y «Canaima» respectivamente, se detuvo en su última novela en una región extraña: esa tierra de Barlovento, donde las grandes haciendas de cacao y caña de azúcar de la época colonial formaron una población servil de negros y mulatos, mientras los amos blancos vivían, politiqueaban y disfrutaban en Caracas. *Pobre Negro* quiso ser, en el designio de Gallegos, la tragedia del antiguo

esclavo que si logró ser libre en la letra de las leyes, siguió con su noche mental y moral a través de la historia de Venezuela. La imagen de un mundo supersticioso, fetichista y sensual, donde contra la civilización hispánica continuaban viviendo las danzas, los ritos y los tabús ancestrales; y, como conclusión, la urgencia de incorporar a aquellos primitivos hombres de Barlovento a una vida económica y cultural más justa, es así el tema de la narración de Gallegos. Descubre una como provincia y materia nueva dentro de la literatura y la sociología venezolanas. Cuatro o seis capítulos admirables. Pero el libro se resiente—a diferencia de los otros de Gallegos—de cierta improvisación y desorden. No alcanza por ello el vórtice de «Cantaclaro», de «Doña Bárbara» o aun de «Canaima». La obra maestra que Gallegos sabe escribir, aquí sólo se realiza a medias.

* * *

En esa generación venezolana de «los treinta años» en que se destaca un gran artista como Arturo Uslar Pietri, el épico narrador de «Las lanzas coloradas» y el cuentista de «Red», en esa inquieta promoción juvenil, cuyo mensaje histórico se está escribiendo en las páginas del diario «Ahora», excelente y esforzada empresa de periodismo joven en que piensan para la nación en esta grave hora de cambio y tratan de orientarla, hombres como Carlos Eduardo Frías, Luis Barrios Cruz, el poeta Arraiz; se ha inscrito de manera sobresaliente el nombre de Ramón Díaz Sánchez que nos ha dado en los dos últimos años dos libros de singular importancia. El primero de estos libros en orden cronológico fué *Mene*, una novela del petróleo y de los campamentos petroleros del Estado Zulia, escrita en un estilo directo, dinámico, que a veces vale informativamente como el mejor y más nutrido reportaje y que recuerda un poco en su técnica literaria a las más logradas novelas yanquis de

este tiempo—las de un Hemingway o las de un Dos Passos. La penetración imperialista; el turbulento destino creado por la mágica y sorpresiva riqueza petrolera, el complicado mundo social y racial de los campamentos con sus ingenieros yanquis, oficinistas criollos y obreros antillanos, está expresado en Díaz Sánchez—sin ninguna declamación—y por el sólo efecto de los episodios movidos y patéticos que cruzan su libro. Es una novela del grupo humano que se opone así, como tipo de creación nueva, a la novela de retrato individual o caracteres aislados que antes prevaleció en nuestra literatura. El segundo libro de Díaz Sánchez ha sido un libro de ensayos, *Transición*, en que enfoca y procesa este momento de Venezuela, después de la muerte de Gómez. Por ello el libro de Díaz Sánchez parece el más útil y excelente complemento de las «Memorias» de Pocaterra. El autor se nos revela como uno de los mejores historiadores e intérpretes del fenómeno político que conozca nuestra tradición literaria. El agitado ambiente de la Venezuela de estos días; las personalidades e ideas que han sacudido la atmósfera, el sentido de las reivindicaciones populares, el balance social y la profecía venezolana—como puede formularse en este instante de transición—son recogidos por Díaz Sánchez con extraordinaria objetividad. Y su testimonio tiene la gracia de un estilo preciso, mesuradamente elegante, agudo para descubrir el detalle revelador y que evoca a los grandes maestros de la historia política. Este claro sociólogo que hay en Díaz Sánchez, se combina armoniosamente con el excelente novelista que se había expresado en *Mene*.

* * *

Es natural que los poetas hayan querido ser, también, hombres de acción, en este minuto crucial de la vida venezolana. Durante el gomecismo algunos poetas, y de tanta calidad

como Andrés Eloy Blanco, sufrieron cárceles y deportaciones. Por ello la elegía civil surgió y se desenvolvió en ellos como un destino vivido. Andrés Eloy Blanco y Antonio Arraiz nos están dando su poesía de aquel tiempo, que en la clandestinidad y el secreto valía lo que el mejor documento revolucionario. Ellos vagaron por los caminos de Venezuela, con los grillos a los pies y siguiendo la ronda de presos que en los lugares más selváticos e insalubres abrían los caminos de la dictadura. Las carreteras gomecistas las hacían los presos políticos. Su testimonio de convivencia con la tierra, el paisaje y el dolor venezolano está animando, pues, su nueva poética. Desde un punto de vista ya integralmente revolucionario, un estudiante y prisionero de ayer, Miguel Otero Silva, ha publicado en Méjico un libro de poemas populistas, donde la excelente calidad y el vigor autóctono de su arte viene mermado, sensiblemente, por la declamación y el prosaísmo político—como de «Manifiesto»—de otros poemas. Le falta todavía a Otero Silva en cuya extrema juventud despunta una gran esperanza de poeta, aquel equilibrio estético con que un Rafael Alberti logra armonizar la poesía y la propaganda. Pero, con todo, este libro de Otero Silva ha sido la revelación de un gran temperamento literario que en la lograda estilización de sus «corridos llaneros», en sus poemas indígenas y en sus poemas de las cárceles destaca una voz nueva, fuerte, viril y diferenciadamente criolla. Ello vale más en Otero Silva que las lecciones de «Materialismo dialéctico», que también quiere enseñarnos su poesía.

El campo, el campesino, el mundo mental y moral de la aldea venezolana que ha encontrado en él un descubridor e intérprete, ha sido hasta ahora uno de los «leitmotiv» literarios de Manuel F. Rugeles. Su bello libro *Cántaro*—uno de los más logrados libros de poesía que aparecieran en 1937—recoge el alma y el secreto de aquellas aldeas y paisajes andinos cuya peculiaridad dentro del variado mundo geográfico y anímico

de Venezuela, trata de establecer el poeta. Su poesía es el llamado a una nueva vida agraria, más bella y más justa, cuya canción de tierra liberada expresa Rugeles en un lenguaje diáfano, fresco de metáforas, animado con el sagrado ritmo milenario de la profesión campesina, envuelto en claridad matinal. Siguiendo y explicando en la prosa el tema de tan noble poesía, Rugeles ha hecho uno como inventario de la vida rural venezolana en un excelente ensayo, rico de sugerencias y noticias, para el economista y el sociólogo. Se titula este ensayo *Dimensión de la aldea venezolana* y es un fervoroso aporte a esta hora de crítica nacional y de sensibilidad reformadora. Como un símbolo y un programa dedicó este último trabajo a la memoria del grande y malogrado Alberto Adriani; aquel joven admirable que supo ver y describir con inigualada clarividencia la magnitud de nuestro problema económico y social, que presentó por primera vez un coordinado plan de reformas, que ofreció su vida pura, su voluntad inflexible y su denso pensamiento creador a la causa de Venezuela. El pensamiento de Adriani está iluminado como un mandato a los que ahora buscan y quieren crear su país en esta tregua de nuestra vida turbulenta. Y Rugeles es uno de los que están cumpliendo como escritor y como venezolano.

* * *

Se dice, como manido lugar común, que la literatura del trópico suele ofrecer palabras más que hechos. El nuevo espíritu que comprobamos en los últimos libros venezolanos, enumerados en esta breve nota, rectifican una vez más el vago prejuicio. En ellos palpita a más de su intrínseco valor literario una profunda preocupación humana y nacional, hecha de realidades concretas. Tienden a dar lo que importa mucho

en la literatura para que esta cumpla su fin social: una imagen del país, los hombres, el tiempo. Son libros actuales en la cronología y la motivación. Si en ellos entra la política es porque la época y el lugar son de alta tensión política. A través de ella se suele perseguir, ahora, el dominio de lo universal y humano. Y también por eso, estos pocos y recientes libros de Venezuela son singularmente reveladores.—M. P. S.